

Capítulo III

El corazón humano.

La energía de Colon, sus inspiradas palabras, su resolución de jugar el todo por el todo, de morir ó vencer, si no disipó la irritación de los navegantes la contuvo al ménos como no podia ménos de suceder, porque Dios quiere que el génio sea para la humanidad lo que para las espumosas é irritadas olas del mar la orilla que las sujeta y las contiene.

Callaron los descontentos, pero fácil era adivinar que todos, absolutamente todos, eran hostiles á Cristóbal Colon.

Quintero y Rascon que eran los que más perdian puesto que la *Niña* y la *Pinta* eran suyas, quisieron explotar el descontento de los Pinzones para ver si lograban detener la expedición, deshacerse del almirante y volverse hácia España.

Los dos navegaban en la *Santa María* muy vigilados desde que antes de llegar á Canarias habian tratado de inutilizar el timon de la *Pinta* para quedarse en la Gomera.

Durante el trayecto habian tenido ocasion de conocer á Alonso Velez, el cual no habia perdonado á Colon que le hubiese obligado á contraer matrimonio con la desgraciada Isabel Monteagudo.

Rascon se acercó á Alonso Velez y le dijo:

—Por el camino que nos lleva Colon no tenemos más esperanza que la muerte. Que los que nada tienen que perder, que los que se han escapado de las manos de los verdugos sucumban, nada puede imitarles.

Pero nosotros que no necesitamos emprender expediciones de este género, porque con estas dos carabelas mi compañero Quintero y yo tenemos de sobra elementos para ganar la vida, y vos que sois un ballero, desgraciado sin duda, pero con condiciones para hallar favor en la córte perezcais con nosotros, eso ni es justo ni podemos consentirlo.

—¿Y á dónde vais á parar con ese preámbulo?

—A preguntaros si quereis ayudarnos á realizar una empresa que puede dar ópimos resultados.

—Hablad.

—Es que os advierto que si no aprobais nuestro plan, no solamente negaremos si nos delatais, sino que mi compañero y yo, y algunos otros que piensan de la misma manera, tomaremos venganza de vuestra felonía.

—Acepto esa condicion.

—Pues en ese caso oid. Ya habreis notado que Martin Alonso Pinzon no está muy contento con el almirante.

—Es natural que no lo esté. Le ha hecho varias proposiciones y Colon le ha desoido por completo.

—¡Quién sabe si á estas fechas estaríamos mejor habiendo seguido los consejos de Martin Alonso!

—De cualquier modo, lo cierto es que aunque en la apariencia respeta el capitan de la *Pinta* al almirante, en el fondo le ódia tanto como nosotros.

—Pues bien; hé aquí nuestro plan. Aprovechad la primera ocasion que se os presente para trasladaros á la *Pinta*, y hablad con Martin Alonso.

—¿Y qué le he de decir?

—El mejor medio de averiguar con exactitud lo que él piensa acerca de Colon, es lisonjearle.

«Yo no entiendo gran cosa, podeis decirle; pero creo que si hubiéramos seguido el rumbo que en varias ocasiones habeis manifestado, habríamos encontrado tierra hace ya mucho tiempo.»

El, como es natural, afirmará, y puede ser que añada alguna frase que indique su disgusto. Si tal sucede: «Por mi parte os aseguro, podeis, decirle, que no hay un solo navegante de los que van en la *Santa María*, que no tenga más fé en vos que en nuestro primer jefe.»

Esto lo agradecerá, y si le veis animarse, si hiciere alguna indicacion, podeis decirle:

«Allá hay grandes deseos, ó de seguir adelante

al mando vuestro, ó de retroceder á España. Para tomar cualquiera de estas dos resoluciones, sobra una persona.»

El comprenderá perfectamente y adivinará nuestro plan, porque no es otro que deshacernos de Colon.

—Nada más fácil.

—Estando todos de acuerdo, ha podido muy bien enfermar en la travesía, morir, y ya se sabe que los marinos hallan por tumba el mar.

—Sois un gran pensador,—dijo Alonso Velez,—pero para que yo sea instrumento de vuestros fines, necesito algun premio.

Figuraos que se lleva á cabo vuestro proyecto, que nos deshacemos de Colon. Si seguimos al mando de Pinzon y hallamos tierra y las riquezas que nos han prometido, el negocio es redondo. Pero, y si Pinzon duda, y cediendo á las exigencias de los marineros toma el rumbo á España, al llegar allí, ¿qué habré yo ganado?

—Mi compañero y yo,—dijo Rascon,—os entregaremos al llegar á Palos una cantidad de dinero suficiente para que podais vivir allí holgadamente el tiempo que necesiteis estar en la córte para obtener algun empleo lucrativo.

—En los momentos del peligro se hacen grandes promesas; pero cuando el peligro pasa...

—¿Os contentais con que os hagamos una promesa formal ante el escribano real que nos acompaña?

—Desde luego; siempre que esto parezca la promesa del pago de una deuda atrasada.

Convinieron en ello, y entre los tres fueron catequizando á los demás marineros, no solo de la *Santa María*, sino de las otras dos carabelas, y la idea de que necesitaban deshacerse á toda costa de Colon, como el único medio de salvarse de la muerte que les amenazaba, llegó á ser un sentimiento unánime en todos los que formaban parte de la expedicion.

Mientras que á sus piés se formaba aquella sorda tempestad, mientras que en el momento en que todos aquellos hombres alentaban el pensamiento de atentarse contra la vida del que en aquellos mares era su Providencia, Colon, sereno al lado del peligro, no tenia más que una ansiedad: la de poder cumplir la promesa que habia hecho, la de llevarlos á tierra firme.

Alonso Velez no habia podido todavía conversar con Martin Alonso Pinzon, y todos aguardaban á que terminasen los tres dias para tener derecho descaradamente de castigar al impostar que les habia engañado, prometiéndoles un Nuevo Mundo y grandes riquezas, y dándoles, en cambio de su promesa, una muerte oscura y desgraciada.

Por fortuna del gran marino, eran tales los indicios de tierra que se descubrian, que ya no podia haber duda alguna de que se hallaba cerca del término de sus deseos.

Además de muchas yerbas de rio, vieron un pez verde de los que no se apartan de las rocas.

En las olas flotaba un ramo de espino con sus majuelas coloradas, que parecian recientemente arrancadas del árbol.

Cogieron además una tableta, una caña y un palo artificialmente labrado, lo cual fué causa de que renaciera la esperanza y el desanimado aliento en la tripulacion.

Durante todo el dia estuvieron aquellos hombres dominados por la ansiedad y la codicia.

La ansiedad de hallar tierra.
La codicia de alcanzar la pension ofrecida por los reyes.

Todo parecia haber cambiado de aspecto.
Los incrédulos empezaban á confiar.
Los que habian considerado á Colon como un loco, volvian á sentir respeto y admiracion hácia él.

Parecian arrepentidos y deseosos de nuevo de ganar el afecto de aquel hombre con actos de heroismo.

Aquella noche hubo en medio de la inmensidad del mar un espectáculo grandioso.

Reunidos á bordo del navío almirante los marineros entonaron la Salve, y despues de esta plegaria aprovechó Colon la emocion de sus pechos para acabar de ganar en su afecto lo que habia perdido.

—Veo,—les dijo,—que renace la esperanza en vuestro corazon, y sólo perdiendo la fé que desde niños habeis sentido en vuestro pecho, habeis podido dudar un sólo instante.

Estamos lejos, muy lejos de nuestra patria, hemos cruzado un espacio inmenso, y sin embargo, no habeis pensado un sólo instante en la misericordia de Dios que, habiendo podido castigar nuestra codicia,

que solamente audacia y codicia fué la que nos impulsó y nos guía á descubrir nuevas tierras, y habeis visto que nos ha favorecido con vientos suaves, que el mar se ha convertido para nosotros, en medio del tempestuoso Océano, en una suave y apacible balsa.

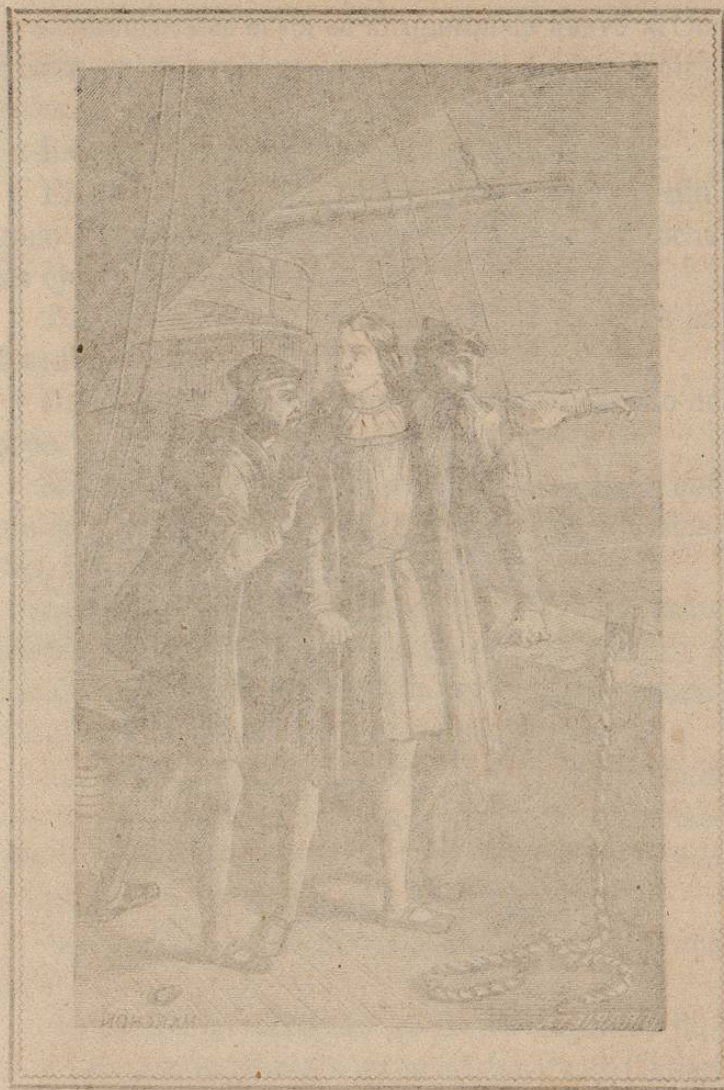
Habeis notado que, en vez de arrebatar nos las esperanzas de realizar nuestro propósito, nos ha animado con incesantes señales de próxima tierra, y todo hace creer que comprende que los sentimientos que nos guían á descubrir nuevos países, es llevar á ellos la fé cristiana, y por eso nos impulsa, nos ayuda, nos protege y nos lleva á la tierra de promision.

Mi corazon me dice,—añadió con vehemencia,— que no tardaremos mucho en asentar nuestras plantas sobre tierra firme, y tanto es así que desde ahora mismo en cada una de las tres carabelas habrá un vigilante en el castillo de proa para dar la voz de tierra en el momento en que la vean sus ojos, y además de la pensión ofrecida por los soberanos, yo prometo al que tal descubrimiento haga un rico justillo de terciopelo.

Al oír estas palabras todos deseaban desempeñar el cargo de vigilante.

Para calmar aquella nueva efervescencia, dispuso Colón que de media en media hora se relevasen todos los tripulantes.

La brisa continuó fresca durante todo el día, y tuvieron más mar que de ordinario.



CRISTÓBAL COLÓN. — dice á Pedro Gutiérrez.—No
veis allá á lo lejos una luz?



CRISTÓBAL COLON. —...dice á Pedro Gutierrez—¿No
veis allá á lo lejos una luz?

Al oscurecerse el sol se dirigieron de nuevo al Occidente, y las tres naves cortaron con rapidez eléctrica las ondas.

La *Pinta* iba á la cabeza de las tres carabelas.

En la tripulacion reinaba la mayor alegría, y ninguno de los navegantes pudo cerrar aquella noche los ojos ni entregarse al reposo.

Todos presentian, deseaban ser los primeros en descubrir la tierra.

Despues de oscurecer subió Colon al castillo de popa.

Mientras la brisa oreaba su frente, mientras que sus ojos contemplaban la temblorosa luz de las estrellas, experimentaba una penosa ansiedad.

Si sus esperanzas se defraudaban, si sus cálculos eran inciertos, si la tierra tan deseada no aparecia á sus ojos, concluiria su prestigio ante aquellos hombres, y seria víctima de su desesperacion.

La duda y el temor le hacian dirigir investigadoras y ardientes miradas hácia el Occidente, y en medio del silencio murmuraban sus lábios una oracion al Altísimo pidiéndole que se apiadase de él.

Las diez serian cuando se apareció á sus ojos una luz lejana.

Apenas la vió temiendo que fuese engañosa ilusion de su deseo, llamó á su lado á don Pedro Gutierrez, caballero muy querido del rey.

—Venid, venid,—le dijo.

—¿Qué manda el almirante?—preguntó don Pedro.

—¿No veis allá á lo lejos una luz?

—Sí por cierto.

—¡Oh! Mirad bien, fijaos; que no os engañe la esperanza.

—Os juro por mi nombre que lo que veo á bastante distancia todavía es una luz.

Subieron al castillo de popa algunos otros navegantes, y entre ellos Rodrigo Sanchez de Segovia y Alonso Velez de Mendoza.

Colon se volvió un instante para decirles lo que pasaba, y cuando fué á mostrarles con el índice el sitio dónde habia visto la luz, Rodrigo Sanchez y Alonso Velez no pudieron ménos de asombrarse porque no veian nada.

Tambien desapareció para Colon la luz.

¿Qué era aquello?

Meditando en su desventura estaba el almirante, cuando de pronto los que le acompañaban:

—Otra vez aparece la luz, otra vez,—exclamaron.

Entónces se movia.

—Es sin duda una barca pescadora,—dijo don Pedro Gutierrez.

—Las oscilaciones de la luz son efecto del movimiento de las olas. ¿No veis como sube y baja?

Colon no se atrevia á manifestar su opinion, porque temia que sus palabras quedasen defraudadas.

La mayor parte de los navegantes dieron poca importancia á aquel aserto.

—Y sin embargo,—se decia Colon,—yo estoy se-

guro de que dónde ha aparecido la luz hay tierra, y tierra habitada.

Las horas de aquella noche fueron mayores, no solo para Colon, sino para todos los que le acompañaban.

Apenas rompió el alba, resonó en el espacio un cañonazo.

La *Pinta* lo habia disparado.

Era la señal convenida para indicar la proximidad á la tierra, y aquella señal no podia ser equivocada, puesto que ya estaban todos escarmentados, y hasta no convencerse, ninguno era capaz de soltar prenda.

La *Santa Maria* y la *Niña* se hallaban á alguna distancia de la *Pinta*, y no pudieron observar lo que pasaba en ella.

Vamos á referirlo á nuestros lectores.